

## LA FUNCIONALIDAD DE LOS MEDIOS RURALES EN LAS SOCIEDADES URBANAS

Enrique Moltó Mantero  
María Hernández Hernández  
Departamento de Análisis Geográfico Regional  
Universidad de Alicante

### RESUMEN

Los medios rurales en los países desarrollados han experimentado notables cambios en las funciones que desempeñan desde mediados de la década de los cincuenta del siglo veinte. Frente a unos ámbitos donde dominaban las actividades y modos de vida rurales, en las últimas décadas se observa la progresiva aparición de nuevos usos y actividades vinculados a su terciarización. La homogeneización de las pautas de comportamiento y de los modos de vida hace difícil disociar la sociedad urbana de la rural. Este artículo reflexiona sobre los diferentes procesos (éxodo rural, políticas de desarrollo rural, medios de comunicación, etc.) que han intervenido en estas transformaciones y han favorecido los procesos de homogeneización de los medios rurales, sin embargo, es necesario insistir que uno de los rasgos de numerosos medios rurales es su diversidad. Esta heterogeneidad condiciona, no solo su evolución, sino también su grado de adaptación a las nuevas funciones que se les asignan. Este artículo pretende realizar una reflexión acerca de las posibles disfuncionalidades que la aplicación de políticas homogéneas está generando en ámbitos contrastados.

*Palabras clave:* rururbanización, medio rural, políticas de desarrollo rural, turismo rural.

### ABSTRACT

Rural areas in development countries have undergone remarkable changes on functions held by them since 1950. As opposed to areas where rural activities and rural way of life were dominated, in the last few decades, it is noticed a gradual appearance of new uses found on their tertiarisation. Unification of behaviour rules and diffusion of urban way of life make difficult to separate urban from rural society. This article reflects on different processes (the depopulation of the countryside, rural development policies, mass media, etc.) that have taken part in these changes and have favoured the unification of ways of life between the country and the city. Nevertheless, it is necessary to insist that

one of the attributes of a great number of rural areas is their diversity. This heterogeneity determines, not only their evolution but also their adaptation grade to new functions that are assigned to them by post-productive societies. This article tries to achieve a thought about possible malfunctions that application of homogeneous policies are generating on distinguishing areas.

*Key words:* Urban development on rural areas, rural areas, rural development policies, rural tourism.

## **1. Las relaciones entre sociedades rurales y urbanas: hacia una homogeneización de las pautas de comportamiento**

Las relaciones entre los ámbitos rurales y urbanos han experimentado una constante evolución en la que han alternado periodos caracterizados por fuertes interdependencias y otros de un elevado aislamiento mutuo. Esta evolución ha sido paralela a la continua transformación de las pautas de comportamiento de los habitantes de un medio con respecto a los del otro. En las primeras civilizaciones urbanas, a pesar del predominio de los ámbitos rurales y de las actividades que en ellos se desarrollaban, las ciudades que empiezan a constituirse demuestran su poder organizando a su alrededor el territorio que les circunda y entrando en conflicto con ciudades vecinas por el control del *agro*, siendo una máxima expresión de este proceso la ciudad de Roma. La Edad Media se caracteriza, en gran medida, por un predominio casi absoluto de lo rural, sobre todo en Occidente (García de Cortazar, 1988; Georges y Racinet, 1999), y, a pesar del resurgir de ciertas ciudades en el Renacimiento y en la Edad Moderna, hasta la Revolución Industrial no se manifestará un cambio verdaderamente significativo en las relaciones entre el medio rural y el urbano (Seta, C. de, 2002).

En aquellas regiones donde de forma pionera, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, tiene lugar la Revolución Industrial, se inicia una relación novedosa entre lo urbano y lo rural. Si bien en otros períodos históricos ya habían surgido ciudades capaces de organizar territorios rurales amplios a su alrededor, su dependencia con respecto a éstos nunca se había disipado del todo. Esta subordinación se manifestaba en su supeditación desde el punto de vista del abastecimiento de alimentos o de materias primas para la elaboración de manufacturas. Este proceso generaba el mantenimiento de un predominio de las formas de vida rurales no sólo en zonas agrícolas sino también en algunas áreas urbanas, donde comienzan a difundirse procesos de industrialización, pero en las que las actividades primarias siguen desempeñando un papel significativo. Un ejemplo paradigmático de este proceso lo constituye el denominado *putting out system*. Este sistema, considerado como el precursor de la industria textil, se caracterizaba por compaginar actividades agrarias y manufactureras. Los artesanos completaban rentas con el mantenimiento de pequeñas superficies agrícolas, que aseguraban su alimentación más básica en posibles periodos de crisis y los agricultores, por su parte, completaban sus insuficientes rentas agrícolas con algunos salarios en la incipiente industria textil (Pérez Pérez, 1997). Estas iniciales transformaciones desde el punto de vista de los sectores productivos y de los activos no se traduce en una sustitución de formas de vida y, mucho menos en una imposición del modo de vida urbano.

Hasta mediados de los años 50 del siglo XX, a pesar de la cada vez mayor extensión del proceso anteriormente esbozado, se atisba en la mayoría de los países de la Europa Occidental una heterogeneidad evidente entre las pautas de comportamiento propias de los medios urbanos y las del medio rural. Si bien lo urbano había ido imponiendo cada vez más

sus leyes socioeconómicas en los ámbitos rurales, el habitante del medio rural que no había querido o no había podido emigrar a la ciudad mantenía una «cierta independencia» en su modo de vida. Este proceso se produce también en las ciudades, que absorbían a una ingente cantidad de inmigrantes procedentes del medio rural, que, a pesar de adoptar muchas de las costumbres urbanas, aún mantenían estrechas relaciones con su medio de origen.

La progresiva difusión de las actividades industriales y, posteriormente, de los empleos terciarios va a significar una modificación radical en las relaciones entre los medios rurales y los urbanos (García de León, 1996). Este proceso se produce en diferentes momentos y con diferentes peculiaridades en cada región, pero resulta una práctica cada vez más imparable no sólo en los países desarrollados sino también en aquéllos denominados, un tanto eufemísticamente, países en vías de desarrollo, adquiriendo un carácter prácticamente global en la segunda mitad del siglo XX. Las nuevas ciudades industriales y de servicios empiezan a ser cada vez menos dependientes del entorno rural y, desde ellas, se imponen una serie de normas sociales y modelos económicos. Se inicia una nueva etapa caracterizada por una homogeneización de las pautas de comportamiento, de tal manera que el modo urbanita de percibir, entender y organizar «su mundo» se impone también en el medio rural. Especialmente en un momento en que todo aquello que se vincule con lo agrario se considera como arcaico, anticuado, desfasado, etc. Siendo el modo de vida urbano y, asociadas a éste, unas pautas culturales, el ideal a que aspiraba gran parte de la población.

Las causas que explican este proceso son diversas. Un primer elemento que contribuye a acentuar esta tendencia es el éxodo rural, que adquiere en este momento (mediados de la década de los cincuenta del siglo veinte) una magnitud desconocida hasta ese momento (Sánchez Jiménez, 1982). Esta migración va a caracterizarse por el desplazamiento hacia áreas de gran dinamismo socioeconómico; siendo dominantes los desplazamientos interregionales o internacionales. Este tipo de traslado conlleva, al menos, dos modificaciones notables en las pautas de comportamiento de los emigrantes. Por un lado, la lejanía al área de procedencia y, en ocasiones, la existencia de una cultura distinta, facilita y/u obliga a la adquisición de las costumbres del área de destino (urbana). Por otro lado, esos emigrantes en su regreso estival a sus áreas de procedencia actuarán como difusores de esas «nuevas costumbres», que resultan muy atractivas, al considerarlas «modernas» al proceder de zonas con mayor nivel de desarrollo.

Un segundo factor son los medios de comunicación, que habían estado siempre controlados desde la ciudad, pero lo novedoso es que ahora su alcance llega prácticamente hasta el más recóndito de los pueblos e imponen en ellos sus pautas de comportamiento hasta considerarlas como absolutamente indiscutibles. Los medios de comunicación escritos —los más antiguos— habían tenido siempre un límite en su extensión que no sólo era físico, sino que se fundamentaba en la línea que la alfabetización imponía en la mayoría de los medios rurales. La radio primero, la televisión en un segundo y por lo pronto imbatible momento, y, más recientemente y de forma aún no totalmente universalizada, *internet*, permiten acceder al más recóndito de los núcleos rurales y a todos los estratos culturales (Sánchez Jiménez, 1994). La imposición no es necesariamente forzosa, se limita a hacer irresistiblemente atractivas las formas de vida urbanas y llega a crear y propagar su propio modelo de lo rural en la ciudad.

Un tercer factor es la universalización de la educación en muchos lugares que, sin olvidar numerosos aspectos positivos, se lleva a cabo desde pautas esencialmente urbanas y propaga una suerte de «pensamiento único», válido para el campo y la ciudad. Un último factor a analizar a la hora de referirnos a la homogeneización

relativa de las pautas de comportamiento es el predominio en muchas regiones en los últimos años de una generación urbana que no tiene ningún referente en el medio rural. Hasta tal punto llega el desconocimiento del campo que la última generación urbanita, los niños, desconoce, por ejemplo, la procedencia de los alimentos. Esa pérdida de raíces refuerza el predominio de un único modo de ver el entorno, centrado esencialmente en lo urbano, ya que todo aquello que tiene vinculación con lo rural, no existe porque es desconocido.

A partir de la década de los ochenta y, especialmente, de la de los noventa, paralelamente al proceso anteriormente descrito de homogeneización de las pautas de comportamiento bajo una óptica urbana, se ha ido produciendo un cambio en la actitud hacia los medios rurales, en el bien entendido que debe extenderse el uso del plural para hablar de entornos geográficos muy diversos aunque haya un concepto genérico de lo rural. Los medios rurales, concretamente aquellos que reciben el calificativo de tradicionales, van a ir adquiriendo un valor y un nuevo significado para los habitantes de las ciudades. Este proceso de «redescubrimiento» va a ir asociado a la revalorización de algunos elementos que caracterizan a estos entornos y que en el pasado eran rechazados por considerarlos arcaicos y obsoletos.

En este proceso de homogeneización de las sociedades, se ha pasado de una etapa en la que la ciudad había triunfado claramente sobre el campo, pero aún existía una distinción clara entre ambos medios y los espacios rurales eran considerados como áreas deprimidas y despreciadas, no sólo por los habitantes de las ciudades sino incluso por los de los propios pueblos, a otra que se inicia a finales del siglo XX, en la que los medios rurales pasan a ser considerados como áreas potencialmente atractivas. Curiosamente, esta nueva visión está más extendida entre los urbanitas que entre los residentes en áreas rurales. Este proceso viene en gran medida como consecuencia de la evolución socioeconómica registrada por las sociedades occidentales desde mediados del siglo XX (Bowler, 1998) que se traduce en un progresivo alejamiento y desconocimiento de estos medios. Ambos procesos van a conducir a su revalorización, aunque en realidad se trata de un medio rural muy concreto y específico.

Los medios de comunicación (televisión y cine, mayoritariamente) reflejan de manera gráfica como ha cambiado la percepción que los habitantes de las ciudades tienen de los medios rurales y de sus moradores desde mediados de la década de los cincuenta de la pasada centuria. En los años sesenta, eran aceptadas todo tipo de parodias sobre los «pueblerinos» recién llegados a las ciudades. En ellas, el concepto de rural era equivalente a pobre, inculto, arcaico o desfasado como reflejan numerosas producciones del cine español, como por ejemplo algunas de las películas protagonizadas por Paco Martínez Soria. En cambio, en la actualidad, la publicidad utiliza los paisajes rurales para situar en ellos muchos productos dado su atractivo para la población. Significativos son la utilización de paisajes de componente rural como fondo escénico para promocionar automóviles o la asociación de productos agrícolas con su área de procedencia. Esta revalorización ha conducido, en los últimos años, a invertir los términos: es el urbanita el ignorante, el que desconoce todo lo que tiene que ver con la vida rural, sorprendiéndose de muchos de los procesos que en ellos se producen, como sucede, por ejemplo, en la campaña publicitaria de Bocata de 2004. Incluso, el habitante de la ciudad es «engañado» por los habitantes de la ciudad (ejemplo, la abuela del anuncio de la fabada litoral). Generando un notable rechazo entre la población rural cualquier intento de asociarlos con gente ignorante, como sucedió con la campaña del 2003 de Bocata que tuvo que ser retirada tras las quejas de numerosos colectivos rurales (sindicatos).

## **2. Las «nuevas funciones» del medio rural en las sociedades urbanas: ¿realidad o utopía?**

El modelo homogeneizador basado en la pérdida de signos de identidad entre las diferentes comunidades y, sobre todo, el carácter peyorativo con que se observa todo aquello que se vincula con el medio rural comienza a transformarse a partir de la década de los años setenta del siglo XX. Varios son los factores que justifican este cambio, que podríamos denominar como de una cierta «*vuelta a lo rural*», o más bien de cierta recuperación y/o revalorización de elementos característicos de estas sociedades.

Este proceso aunque comparte una serie de factores, no es homogéneo ya que engloba procesos y colectivos diferenciados, que como tales tienen diferentes perspectivas y finalidades a la hora de aproximarse a los medios rurales. Igualmente, los territorios interesados son diversos, de ahí que también generan diferentes respuestas ante demandas similares, ya que, si bien en numerosas ocasiones se contemplan como áreas con unas problemáticas comunes, presentan notables diferencias internas resultado de su propia génesis y posterior evolución y ello determinará diferentes respuestas a la hora de su inserción como áreas dotadas de una nueva funcionalidad.

El adecuado conocimiento sobre las características del medio rural y del colectivo o colectivos que van a «consumir» esos territorios es fundamental para lograr, por un lado, la satisfacción de los usuarios de esa nueva funcionalidad que las sociedades postproductivistas asignan a los medios rurales tradicionales y a los espacios de alto valor medioambiental y, por otro, convertir en una verdadera opción de desarrollo estos nuevos usos y que, consiguientemente, revierta económica y socialmente en las poblaciones locales; evitando que, como consecuencia de una falta de planificación, se convierta en una «moda», con una fuerte dependencia externa a través de acciones subvencionadas y, una vez, superada ésta, la situación sea, cuanto menos, similar a la de partida. Cuestión ésta de notable relevancia en unos momentos en los que la ampliación de la Unión Europea hacia el este determinará un incremento estadístico de la renta de las regiones españolas y consiguientemente una disminución de los fondos de desarrollo regional.

### *2.1. Los medios rurales, unos territorios heterogéneos o la heterogeneidad del medio rural*

Al examinar las relaciones entre el medio rural y el urbano se tiende a una homogeneización excesiva de criterios, como si sólo hubiera un medio rural y un medio urbano. Este análisis simplista se fundamenta, en ocasiones, en la aplicación de unas políticas de desarrollo rural excesivamente rígidas, que no tienen en cuenta que se ejecutan sobre medios rurales diversos, caracterizados por relaciones complejas tanto en su entorno próximo como con los diferentes entramados urbanos. La creciente complejidad de los medios rurales y de las funciones por ellos desempeñadas requiere un conocimiento más preciso de esos territorios y de las relaciones que entre áreas rurales y urbanas se establecen, para poder determinar el modelo de desarrollo más adecuado a sus características (Silva Pérez, 2002; Moltó y Hernández, 2002). Analizando la evolución experimentada por las sociedades occidentales, podemos simplificar esa heterogeneidad diferenciando tres tipos.

Una primera tipología correspondería a las áreas rurales insertas en áreas metropolitanas, que no sólo se ven dominadas desde un punto de vista intelectual sino que físicamente están amenazadas por la expansión de la gran metrópoli. En este modelo, el área rural existe, esencialmente, en función de la gran ciudad, y se convierte en su reserva de suelo para futuras expansiones, en su área de recreo, o en un «pulmón verde» que mitiga en parte los altos índices de contaminación. Es prácticamente imposible que lo rural mantenga

cierta idiosincrasia propia, su destino aparece indisolublemente unido a la ciudad. No quiere ello decir que este peculiar medio rural no sea tal y que no tenga una función importante que cumplir y potenciar en una política de desarrollo local, pero es evidente que requiere unas actuaciones adaptadas a sus características. Será más necesaria la adopción de políticas encaminadas al control de la urbanización y a la protección de los elementos del medio físico (aptitud y capacidad de carga y control de procesos de degradación del medio como vertidos incontrolados) que la potenciación de sus servicios y recursos endógenos.

Una segunda tipología de los medios rurales basada en las actuales relaciones ciudad-campo correspondería a un modelo contrario al anterior. En él, el elemento más relevante es la existencia de una lejanía física importante entre el medio rural y el urbano; constituyendo las áreas interiores y montañosas de la Península Ibérica alejadas de los polos de desarrollo un ejemplo paradigmático. En este caso, al menos en los países occidentales, la aculturación del medio rural también existe, pero es menos intensa y los problemas que afronta son, en gran medida, de signo contrario a los de la primera tipología. En estos ámbitos existen significativas carencias relacionadas con los servicios y los equipamientos y las pérdidas demográficas han sido muy importantes hasta fechas recientes (Gutiérrez González, 2002) lo que condiciona claramente su desarrollo futuro, pero son también las que conservan un mayor grado de ruralidad. La homogeneización cultural es menor, pero es indudable que, como se ha advertido en párrafos anteriores, la idiosincrasia urbana se impone a través de los medios de comunicación, la educación y las políticas de intervención. Se conserva un cierto nivel de independencia en aquellos habitantes rurales que fueron los que, por distintos motivos, se resistieron a emigrar a la ciudad en los peores momentos de la crisis de la agricultura familiar. No obstante, aceptando estas limitaciones, una vez producida la adaptación entre recursos y población, estos medios cuentan con unas posibilidades claras de desarrollo, centrado en torno al concepto de pluriactividad, y son los más atractivos, contando con toda su heterogeneidad interna, y los más próximos al concepto de medio rural de los urbanitas.

Una tercera tipología, que podemos considerar como intermedia, es la conformada por aquellos sectores rurales próximos a redes urbanas de ciudades medias con las que mantienen complejas interrelaciones. Esta posición les ha proporcionado una serie de ventajas desde el punto de vista social y económico, ya que, por un lado, no dependen tan directamente de una gran ciudad que amenaza con dominarlos cultural y físicamente, y, por el otro, no están completamente aislados de los polos de desarrollo. Ello les ha permitido mantener siempre una relación más intensa entre los emigrados a esas ciudades medias y los pueblos de origen. A su vez, se benefician de determinadas acciones de deslocalización empresarial e incluso residencial de las ciudades más próximas, al contar con los elementos que más se valoran de un medio rural (mayor calidad de vida) y de un medio urbano (servicios).

## 2.2. La nueva funcionalidad de los medios rurales

Las relaciones entre áreas rurales y urbanas han experimentado significativas transformaciones en las últimas décadas. Esa «*vuelta a lo rural*», o más bien de cierta recuperación y/o revalorización de elementos característicos de estas sociedades, es resultado de procesos diversos que, aunque comparten una serie de factores, no es homogéneo ni desde el punto de vista temporal ni espacial.

Esta vuelta a lo rural se inicia a finales de los años setenta y se asocia a colectivos, calificados como *hippies* que buscan en el medio rural unas formas de vida «*alternativas*»



a la de las ciudades a las que califican como «áreas deshumanizadas». Estos colectivos se asientan generalmente en pueblos semiabandonados o abandonados, generando el recelo de la población local dadas las formas de vida que desarrollan (generalmente colectivas), y que contrastan con las de áreas con escaso contacto con las sociedades urbanas. Si bien inician la recuperación de algunos pueblos y la creación de algunas granjas escuelas, sus repercusiones desde el punto de vista de las nuevas relaciones campo-ciudad son poco significativas.

Mayores repercusiones va a tener el proceso de rururbanización que, si bien se había iniciado en áreas próximas a determinadas ciudades en la década de los años setenta del siglo XX, va a registrar una difusión muy intensa a partir de los años ochenta. Este proceso se asocia con procesos de valorización social de los medios rurales, generalmente los próximos a las grandes áreas metropolitanas (tipología tipo uno). Estos habitantes denominados neorrurales (Nogué, 1988) van a desplazarse hacia esos entornos próximos buscando una «mayor calidad de vida». Este concepto se va a asociar a una serie de elementos (ausencia de ruido, proximidad a la naturaleza, bajas densidades en la edificación, etc.) que han desaparecido en las ciudades como consecuencia de su intenso proceso de crecimiento.

En el proceso de urbanización que se desarrolla desde mediados de los años cincuenta, se han ido demostrando, por un lado, ciertos inconvenientes propios de la vida en las ciudades y, por otro, que muchos de los medios rurales occidentales, precisamente en este proceso, han adquirido servicios y dotaciones de las que carecían en el pasado, pero han mantenido, en diversos grados, los aspectos positivos de lo rural. Además, esas ventajas se han acentuado gracias a las mejoras en las vías de comunicación y en los medios de transporte, que han «acercado» los medios rurales a las áreas urbanas. La proximidad a los núcleos urbanos les permite disfrutar de unos entornos más «naturales», pero a la vez, y este es un factor fundamental para su desplazamiento hacia estas áreas periurbanas, disponer de todos los servicios característicos de una ciudad, bien en el nuevo núcleo de asentamiento, bien, y es lo más frecuente, mediante breves desplazamientos.

Este proceso genérico presenta diversas variantes resultado de su evolución temporal, pero también de los actores que intervienen en él. Desde el punto de vista diacrónico, es significativo que este proceso no sólo va a afectar a entornos rurales próximos a las grandes áreas metropolitanas, sino, y es lo novedoso, a espacios rurales más alejados de éstas, y a ciudades de tipo medio (tipo 3). El incremento del área de influencia de estas áreas metropolitanas y la difusión de este proceso a ciudades medias viene determinado por la continua expansión de las áreas urbanas, la difusión de un nuevo modelo urbano que prima la urbanización difusa, la mejora de las vías de comunicación y, especialmente, por la pérdida de calidad paisajística que registran numerosos entornos en los que los procesos de rururbanización habían sido intensos en periodos anteriores. La progresiva pérdida de calidad paisajística como consecuencia del intenso proceso urbanizador que registran, por ejemplo, los municipios litorales de la provincia de Alicante desde la década de los sesenta se plasma, desde el punto de vista territorial, en la difusión de este proceso de sustitución de usos hacia los municipios prelitorales en una primera etapa y, una vez congestionados éstos, hacia sectores más interiores, a los que la configuración física (media montaña mediterránea) los convierte en áreas muy atractivas, dada la existencia de paisajes aterrazados, donde el componente rural es alto gracias a la existencia de un elevado índice de agricultura a tiempo parcial.

Las repercusiones territoriales asociadas a los procesos de rururbanización y asentamiento de población rural en áreas rurales se ven acrecentadas por la extensión de estos fenómenos a amplias capas de la población. Si en origen este proceso fue característico de grupos sociales de alto poder adquisitivo, el progresivo encarecimiento de la vivienda, la

mejora de los servicios y equipamientos en los núcleos rurales y de las vías de comunicación determina que la población joven urbana cuando adquiere su primera vivienda contemple estos núcleos ya que, en muchos casos, la misma es más asequible o a igual precio, las externalidades que obtienen son mayores. Esta tendencia se completa por otros procesos como es el retorno de antiguos emigrantes a sus antiguos núcleos de población cuando se jubilan (Rojo, *et al.*, 2000).

Este proceso de rururbanización, experimentada por las la primera y la tercera de las tipologías rurales descritas en el epígrafe anterior, puede generar en ocasiones graves repercusiones territoriales como consecuencia de la desarticulación del medio rural generada por la especulación urbanística. Se crea el contrasentido de que algunos de los principales atractivos con los que se cuenta para atraer a población foránea para adquirir su residencia, el paisaje y el medio natural, se ven seriamente alterados si la densidad de edificación es excesiva. En la provincia de Alicante, los ejemplos de Castalla y Sella pueden ilustrar la anterior información, con grandes complejos proyectados y en ejecución, en los que junto a campos de golf se construyen urbanizaciones que van a contar con más población que el propio núcleo tradicional, y los precios del suelo se han disparado, desapareciendo prácticamente un valor exclusivamente «agrario» de la tierra. No son pocos los planificadores, políticos y ciudadanos que opinan que la degradación ambiental, la aculturación y la desarticulación valen la pena si se consigue un crecimiento económico. No obstante, las inversiones, el desarrollo y cierta expansión urbanística deben ser compatibles con el mantenimiento de la capacidad de acogida y de las señas de identidad de un territorio, evitando procesos que ya resultan imparables por consumados en numerosos municipios alicantinos litorales e incluso prelitorales.

El tercer proceso que contribuye a la difusión de unas nuevas relaciones entre el campo y la ciudad se asocia a la aplicación de políticas de desarrollo regional. Estas políticas han pasado de considerar a las actividades agrarias como las únicas capaces de generar ingresos en los medios rurales (reglamento comunitario 75/268) a promocionar actividades no agrarias (iniciativa LEADER, programa PRODER) al considerar que en estos medios marginales, la agricultura es incapaz de generar rentas para mantener una población mínima.

Estas iniciativas tratan de paliar los desequilibrios territoriales mediante adopción de políticas orientadas a la revalorización de sus recursos endógenos y la adopción de prácticas sostenibles con el entorno (Troitiño Vinuesa, 2000). Uno de los principales recursos con el que cuentan estos territorios es el paisaje y los elementos patrimoniales y etnológicos asociados a una sociedad rural, que resultan muy atractivos a unas sociedades eminentemente urbanas y desconocedoras de todo aquello que tenga relación con los medios rurales. Este interés se ve acentuado porque se configuran como paisajes singulares, seña de la identidad cultural de los pueblos, que contrastan notablemente con la banalización de los paisajes agrarios resultantes de los procesos de intensificación y homogeneización que se difunden en aquellos medios rurales más aptos para las prácticas agrícolas. Su atractivo se ve potenciado, asimismo, por la evolución de las sociedades postproductivistas y, concretamente, de los espacios demandados para el disfrute de su ocio. Frente al producto sol y playa, comienza a extenderse un segmento de usuarios que demandan unos productos «alternativos», «activos». Los medios rurales van a convertirse en los receptores de esta nueva demanda.

La revalorización de ciertos entornos naturales y rurales implican una nueva relación entre el campo y la ciudad. A la función productiva tradicional, desempeñada por las áreas rurales (obtener materias primas), se unen las vinculadas con el ocio y la recreación. Esta nueva funcionalidad presenta unas ciertas peculiaridades que condicionan esa relación y



las posibilidades de desarrollo de nuevas actividades económicas y de las interrelaciones entre visitantes y población local.

A pesar del acercamiento teórico anteriormente apuntado hacia los medios rurales como consecuencia de la creciente urbanización de la sociedad, éste es algo distante, escasamente conocido, para los habitantes de las grandes ciudades. Esa ignorancia, determina que, generalmente, los medios que se revalorizan en muchas ocasiones no son más que estereotipos de lo que los urbanitas piensan que es el medio rural, que no tiene porque coincidir con el medio rural real. En su desplazamiento hacia áreas rurales buscan una serie de elementos (tranquilidad, contacto con la naturaleza, ocio activo, etc.) que no tiene porque coincidir con las formas de vida de esos ámbitos. Entre esos factores buscados un elemento de gran atractivo es el aislamiento y la tranquilidad —siempre con ópticas muy peculiares de lo que estos conceptos significan— que proporciona el medio rural, pero lo es porque no es algo impuesto sino voluntario, con el que rompe cuando regresa a la ciudad. En la revalorización de estos espacios, se ponen en valor una serie de recursos, como los relacionados con la práctica de deportes de aventura (*puenting, rafting, rapel, barranquismo*, etc.) que no son propios del medio rural, sino transposiciones de su modo de vida a un contexto rural. De hecho, estos deportes de aventura distan mucho de ser rurales porque los habitantes de estos medios no desafiaban a la naturaleza, sino que trataban de conocerla para no arriesgar su vida de forma innecesaria. Un barranco, una pared de roca, una cumbre, la nieve, no eran elementos atractivos en los que buscar aventuras sino obstáculos que sólo se acometían cuando no quedaba más remedio.

Como resultado de ese desconocimiento y de los factores que justifican esos desplazamientos los urbanitas en numerosas ocasiones «crean» su propio medio rural, un ámbito idílico en el que buscan aquello que les resulta atractivo, despreciando o rechazando los elementos que no se corresponden con su modelo estereotipado<sup>1</sup> y olvidando que no es tan idílico para sus propios habitantes ya que no es lo mismo carecer de determinados servicios durante un período que rara vez supera los 30 días, normalmente en verano, que estar sin ellos todo el año.

Esta visión atractiva, pero distorsionada de los medios rurales desde una mentalidad urbana, que pretende crear un lugar donde el urbanita «descanse» de su rutina diaria, puede ser aparentemente interesante para el medio rural, al generar ingresos procedentes de actividades no agrarias y relacionados con las nuevas funciones que la sociedad postproductivista asigna a estos medios. Estos planteamientos teóricos requieren, sin embargo, una serie de precisiones. En primer lugar, estas nuevas funcionalidades pueden crear una nueva dependencia, incluso algunos autores hablan de una nueva «colonización» del medio rural, siendo éste uno de los desafíos que las políticas rurales deben tratar de resolver.

Una segunda puntualización se vincula al grado de aplicación y adecuación de las políticas con incidencia en los medios rurales. Las nuevas funciones asignadas a los medios rurales, en muchas ocasiones, tienen un carácter más teórico que real, dada la dificultad de adoptarlas como consecuencia de las características inherentes de los medios rurales (envejecimiento de la población, predominio de actividades primarias, carencia de servicios y equipamientos, etc.) pero también de las incoherencias derivadas de las diferentes políticas con incidencia en los medios rurales. Autores como Etxezarreta reflejan

---

1 La diferente percepción entre los habitantes locales y los de fuera de la realidad del medio rural queda de manifiesto en el ejemplo de un municipio francés recogido por la profesora Etxezarreta donde «los residentes veraniegos denunciaron a la policía a un agricultor por hacer ruido a las diez de la noche con su cosechadora mientras éste trabajaba con urgencia para recolectar antes del inicio de las tormentas» (Etxezarreta, 1995, pág. 200).

claramente estas contradicciones como recoge, de manera muy gráfica, la siguiente cita *«de hecho, se da una creciente coincidencia de objetivos entre ambientalistas, consumidores y contribuyentes, que reflejan predominantemente las opiniones de una clase media articulada y urbana y cuya alianza es actualmente importante y creciente. Pero ignoran con frecuencia las condiciones reales de las áreas rurales y los procesos reales de desarrollo rural, por los que llevan muchos años trabajando los rurales tradicionales (...). Los valores ambientales o paisajísticos corren también el riesgo de convertir el medio en un museo paralizado, un lugar del pasado en vez del futuro, un lugar para el ocio urbano más que para la sociedad rural<sup>2</sup>»*.

Las características sociodemográficas y económicas de los ámbitos en que se desarrollan estas nuevas actividades en ocasiones dificultan la difusión de esta nueva funcionalidad. En este sentido, determinadas iniciativas aplicables por las políticas de desarrollo rural implican cambios radicales y recaen sobre medios rurales desarticulados y envejecidos, sin apenas servicios, y cabe preguntarse en estos casos si la población local es capaz de asumirlas o van a quedar en manos de inversores foráneos, generando una gran dependencia externa, debido a la escasa capacidad de adaptación de estos habitantes a la nueva realidad. Dicha dependencia no tiene por qué ser negativa, ya que puede facilitar el efecto demostración y que se produzcan sinergias entre rurales y neorrurales, pero hay que buscar fórmulas que eviten que las iniciativas desarrolladas en un medio rural resulten ajenas a la población local y susceptibles de deslocalizarse en cualquier momento.

La necesaria imbricación de la población local es una cuestión fundamental. Se debe insistir, por tanto, en una relativa autosuficiencia del medio rural con respecto al urbano, de tal modo que las políticas de desarrollo rural deben aplicarse en buena medida contando con las necesidades de los habitantes rurales y no, únicamente, desde las exigencias de los urbanitas que los visitan ocasionalmente, lo que permitirá dinamizar socialmente parte de esos territorios. Para ello es necesario la mejora de una serie de servicios que aseguren una población mínima, sin embargo, no hemos de olvidar que esas nuevas funciones permiten la mejora o la creación de una serie de servicios que serían impensables para la población de derecho, como sucede, por ejemplo, con las numerosas dotaciones deportivas llevadas a cabo a cargo de la Diputación de Alicante en la denominada Montaña de Alicante.

Obligada es, por último, la reflexión acerca del papel que estas políticas de desarrollo regional y la nueva funcionalidad asigna a las actividades primarias. La agricultura no es sólo una actividad económica, sino que también ha sido la creadora de estos paisajes. En el último siglo, ante el éxodo rural creciente, el trasvase de activos a otros sectores y la menguante aportación del sector a la riqueza económica, la agricultura va perdiendo paulatinamente su función productiva, entendida en el sentido clásico del término. El abandono de las actividades agrarias o la disminución de la presión antrópica en los paisajes culturales determina una degradación de este recurso. Es necesario su mantenimiento para asegurar una conservación de los mismos —uno de los elementos que atraen a las poblaciones urbanas a estos espacios— y del medio ambiente en general. No obstante, debe evitarse la opción de convertir al agricultor en un subsidiado al que se le paga sólo por mantener una función ambiental, no sólo por el elevado coste económico de esta opción, sino porque ésta implicaría la actuación en ámbitos específicos y el desamparo de otros, la mayoría, y la pérdida de autoestima por parte de un colectivo muy importante en los medios rurales.

---

2 *Ibidem*, p. 201.

Esta nueva funcionalidad, no implica que la función productiva tradicional deba ser despreciada, más bien requiere una nueva redefinición de las relaciones entre la agricultura y la sociedad. El mantenimiento de esos paisajes puede generar una serie de externalidades para las actividades turísticas, pero además puede generar una serie de productos de calidad, demandados no sólo por consumidores cada vez más exigentes, sino incluso por los propios visitantes, atraídos por producciones típicas del área visitada. En este contexto de compatibilizar la función tradicional del agricultor y el paisaje y la nueva se enmarcan los *Plans de Developpement durable (PDD)* franceses, que responden a la necesidad de preservación de paisajes culturales desde una óptica ambiental, paisajística, cultural y productiva (Ambroise, 2000).

## Bibliografía

- A.A.V.V. (1991): *La recuperación del espacio como estrategia de desarrollo local*, Iniciativas Regionales Madrileñas, 65 p.
- ADEFTAT (1995): *Nouvelles pratiques de l'insertion-développement en milieu rural*, ADEFTAT, Albi, 110 p.
- BARRERE, P. (1988): «La urbanización del campo en los países industrializados», en Barrere, P. et al.: *Espacios rurales y urbanos en áreas industrializadas*, pp. 59-78.
- BINIMELIS SEBASTIÁN, J. (2000): «Sociedad post-industrial y dialéctica campo-ciudad. Aportación al debate a modo de estado de la cuestión», en *Lurralde*, nº 23, San Sebastián.
- BLÁZQUEZ i SALOM, M. (1998): «Reuso del aire libre y conservación de la naturaleza en Europa Occidental», en *Ería*, nº 49, Universidad de Oviedo, pp. 203-212.
- BOWLER, I.R. (1998): «From productivism to post-productivism in the agriculture of the European Union: a matter of values», en Grilloti di Giacomo y Moretti, L. (dirs.): *Atti del convegno geografico internazionale I valori dell'agricoltura nel tempo e nello spazio*, Brigati, Roma, pp. 381-401.
- CALATRAVA, A. y MELERO GUILLÓ, A. (1999): «La política de desarrollo rural integrado en la Unión Europea: viejos enfoques y nuevas tendencias», en *Estudios Geográficos*, nº LX (237), CSIC, Madrid, pp. 579-612.
- CALATRAVA REQUENA, J. (1992): «El turismo rural como recurso endógeno en el desarrollo local. Consideraciones teóricas y comentarios sobre las Alpujarras Occidentales», en Canto Fresno y Casabianca, F.; *Desarrollo rural. Ejemplos europeos*, MAPA, pp. 87-91.
- CALS, J.; CAPELLA, J. y VAQUE, E. (1995): *El turismo en el desarrollo rural de España*, MAPA, Madrid, 122 p.
- COURTOT, R. (1996): «Agriculture, paysage aux portes des villes», en *Mediterranee. Revue Géographique des pays méditerranéens*, nº 83, pp. 109-112.
- ENTRENA DURÁN, F. (1998): *Cambios en la construcción social de lo rural. De la autarquía a la globalización*, Tecnos, Madrid, 145 p.
- ETXEZARRETA ZUBIZARRETA, M. (ed.) (1988): *Desarrollo Rural Integrado*, MAPA, Serie Estudios, Madrid.
- FERNÁNDEZ HERRÁEZ, C. (1999): «Turismo rural y modificación del espacio agrario, de su uso y sus funciones», en *El territorio y su imagen, Actas del XVI Congreso de Geógrafos Españoles*, AGE y Departamento de Geografía de la Universidad de Málaga, Málaga, pp. 431-438.
- FERRAS SEXTO, C. (1998): «¿Un nuevo mundo rural postindustrial? Aproximación teórica a los fundamentos del cambio rural-urbano», en *IX Coloquio de Geografía Rural*, AGE y Universidad del País Vasco, Vitoria, pp. 94-103.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. (1988): *La sociedad rural en la España medieval*, ed. Siglo XXI, Madrid, 317 p.
- GARCÍA DE LEÓN, M<sup>a</sup>. A. (ed.) (1996): *El campo y la ciudad: sociedad rural y cambio social*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, Madrid, 282 p.
- GARCÍA SANZ, B. (1996): *La sociedad rural ante el siglo XXI*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, Madrid, 687 p.

- GEORGES, J. y RACINET, F. (1999): *La ciudad medieval: del Occidente cristiano al Oriente musulmán (siglos V-XV)*, Omega, Barcelona, 6430 p.
- GROUPE DE BRUGES (1996): *Agriculture, un tournant nécessaire*, Editions de L'Aube, La Tour D'Aigues, 91 p.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, S.C. (2002): «La evolución reciente de la población rural, ¿un episodio coyuntural o un verdadero cambio de tendencia?», en *Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Actas del XI Coloquio de Geografía Rural, AGE y Departamento de Geografía, urbanismo y ordenación del territorio, Santander, pp. 359-368.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, M. (1996): «Los paisajes agrarios tradicionales: significado y relevancia en la sociedad actual», en *Geotema*, nº 5, Associazione dei Geografi Italiani, Patròn Editore, Bolonia, pp. 101-104.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, M. y MOLTÓ MANTERO, E. (2000): «El paisaje agroforestal como recurso turístico en la Montaña de Alicante», en *Evolución turística de la última década y diseño de futuro*, Actas II Jornadas Turismo y Medio Ambiente en las Islas Baleares, INESE, Palma de Mallorca, pp. 37-44.
- HERVIEU, B. (1995): «El espacio rural europeo entre la ruptura y el desarrollo», en Ramos Real, E. y Cruz Villalón, J. (coords.): *Hacia un nuevo sistema rural*, MAPA, Madrid, pp. 25-27.
- HERVIEU, B. (1997): *Los campos del futuro*, MAPA, Madrid, 409 p.
- KAYSER, B. (1994): *Pour une ruralité choisie*, Editions de L'Aube, La Tour d'Aigües, 135 p.
- KAYSER, B. (1998): «Réinventer la ruralité. Quelle place pour les agriculteurs?», en *Nouvelles Fonctions de l'Agriculture et de l'Espace Rural*, INRA, París, pp. 17-18.
- IVARS BAIDAL, J. (1997): «¿Constituye el turismo la mejor apuesta para el desarrollo rural?», en Valenzuela Rubia, M. (coord.): *Los turismo de interior*, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 675-683.
- MOLTÓ MANTERO, E. (2003): *La agricultura a título parcial en la Montaña de Alicante*, Universidad de Alicante, 297 p.
- NOGUE, J. (1988): «El fenómeno neorrural», en *Agricultura y Sociedad*, nº 47, MAPA, Madrid, pp. 145-175.
- PÉREZ i PÉREZ, D. (1997): *Reestructuració dels espais industrial de l'eix Alcoi-Cocentaina-Muro*, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, Alicante, 449 p.
- PRADOS VELASCO, M<sup>a</sup> J. y CUNNINGHAM, C. (2002): «Calidad ambiental y nuevas pautas en la movilidad residencias de la población. Propuesta metodológica para el estudio de procesos de naturbanización», en *Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Actas del XI Coloquio de Geografía Rural, AGE y Departamento de Geografía, urbanismo y ordenación del territorio, Santander, pp. 425-433.
- RAYMOND, W. (2001): *El campo y la ciudad*, Paidós, Buenos Aires, 411 p.
- RENARD, J. (1998): «Recomposition des espaces ruraux et nouvelles territorialités», en *Nouvelles Fonctions de l'Agriculture et de l'Espace Rural*, INRA, París, pp. 59-64.
- ROJO, F.; ABELLÁN, A.; RODRÍGUEZ, V.; FERNÁNDEZ, G. y CARPIO, J. (2000): «El retorno al medio rural de emigrantes jubilados», en *Lecturas geográficas. Homenaje al profesor José Estébanez Álvarez*, vol. I, Editorial Complutense, Madrid, pp. 875-885.
- RUBIO TERRADO, P. (1999): «El postproductivismo en los espacios rurales», *Postproductivismo y medio ambiente. Perspectivas geográficas sobre el espacio rural. IX Coloquio de Geografía Rural. Ponencias*, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, Vitoria, pp. 15-78.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (1982): *Del campo a la ciudad: modos de vida rural y urbana*, Salvat, Barcelona, 64 p.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. (1994): *La «aldea global, mass media» y nuevas comunicaciones*, Historia 16, Madrid, 31 p.
- SANZ HERRAIZ, C. (2000): «El paisaje como recurso», en Martínez de Pisón, E. y Sanz Herraiz, C. (eds.): *Estudios sobre el paisaje*, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, pp. 282-291.
- SETA, C. de (2002): *La ciudad europea del siglo XV al XX: orígenes, desarrollo y crisis de la civilización urbana en la Edad Moderna y Contemporánea*, Istmo, Madrid, 435 p.

- SILVA PÉREZ, R. (2002): «Una propuesta tipológica de espacios rurales en el contexto de la globalización», en *Los espacios rurales entre el hoy y el mañana*, Actas del XI Coloquio de Geografía Rural, AGE y Departamento de Geografía, urbanismo y ordenación del territorio, Santander, pp. 455-465.
- SOMOZA MEDINA, J. (2001): «Implicaciones territoriales del desarrollo rural», en *Actas del XVII Congreso de Geógrafos Españoles*, AGE y Universidad de Oviedo, Oviedo, pp. 489-493.
- TORT DONADA, J. (1998): «¿Posproductivismo en la era de la posmodernidad? Unas reflexiones críticas sobre la realidad actual del medio rural», en *IX Coloquio de Geografía Rural*, AGE y Universidad del País Vasco, Vitoria, pp. 205-211.
- TROITIÑO VINUESA, M.A. (2000): «El territorio y la revalorización de los recursos endógenos en el desarrollo local», en Martínez Puche, A., Pérez i Perez, D. y Sancho Carbonell, I. (eds.): *Herramientas para el desarrollo local*, Universidad de Alicante y Ceder Aitana, pp. 103-121.
- VALDOVINOS PERDICES, N., (2000): «Acerca de lo rural, los modelos de desarrollo y las formas de articulación territorial», García Pascual, F.; Larrull Chimisanas, A. y Majoral Moliné, R. *Actas del X Coloquio de Geografía Rural de España. Los espacios rurales en el cambio de siglo: incertidumbres ante los procesos de globalización y desarrollo*, Universitat de Lleida y AGE, pp. 817-823.